



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: Antecedentes histórico-ideológicos de la reforma neoliberal del Estado: el pensamiento económico de Juan Bautista Alberti

Autor: Pena de Matsushita, Marta Elena

Forma sugerida de citar: Pena, M. E. (1995). Antecedentes histórico-ideológicos de la reforma neoliberal del Estado: el pensamiento económico de Juan Bautista Alberti. *Cuadernos Americanos*, 6(54), 197-211.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 54, (noviembre-diciembre de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin Derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# ANTECEDENTES HISTÓRICO-IDEOLÓGICOS DE LA REFORMA NEOLIBERAL DEL ESTADO: EL PENSAMIENTO ECONÓMICO DE JUAN BAUTISTA ALBERDI

Por *Marta Elena P. DE MATSUSHITA*  
UNIVERSIDAD DE DOSHISHA, KYOTO

## *Introducción*

La década de los noventa parece dominada por el tema de las privatizaciones y la reforma del Estado, de la cual forman una parte esencial. La amenaza del endeudamiento y la realidad de una crisis socioeconómica profunda, que caracterizaron a la “década perdida” de los ochenta, han desaparecido por completo del discurso político de los gobernantes latinoamericanos, para dar paso a un optimismo apoyado en algunos logros en el plano macroeconómico.

Los grupos gobernantes de América Latina aceptan las verdades proclamadas por el neoliberalismo y se muestran empeñados en un proceso rápido y profundo de reforma del Estado, avalado por Estados Unidos y los países europeos. Se proclama la muerte de las ideologías y el predominio de los intereses económicos, pero en realidad el discurso político del neoliberalismo está teñido de un fuerte color ideológico. El antiestatismo, el deseo de lograr un Estado que sea menos Estado, el repudio de todas las alternativas que no sean el capitalismo neoliberal y el repudio de los intentos populistas del pasado, hacen pensar que el citado repudio de las ideologías esconde en verdad el predominio no disputado de una de ellas, el neoliberalismo.

Mucho del discurso político en torno al enjuiciamiento del Estado intervencionista y al ideal de un Estado capaz de concretar el desarrollo no es nuevo. En este trabajo intentaremos rastrear el origen histórico-ideológico de esos planteos a través del análisis del pensamiento económico de Juan Bautista Alberdi, padre de la

Constitución argentina de 1853 y adalid de un proyecto de desarrollo dependiente para Argentina, y en general para América Latina.

*El tema actual de la reforma del Estado*

El neoliberalismo ha emitido un juicio categórico respecto del Estado, tal como ha existido y funcionado hasta ahora: el Estado, y especialmente sus instituciones económico-sociales dependientes del ejecutivo, ha tenido un papel excesivamente proteccionista e ineficiente, y una función administrativa opresora de la actividad económica privada, con un gasto público immoderado y objetivos "populistas" de contenido político artificial y demagógico.

La reforma del Estado consiste en suprimir el papel rector del Estado en la sociedad, abrir paso a la iniciativa del gran capital financiero y empresarial privado, tanto nacional como extranjero. En esta noción de la reforma del Estado desempeña pues un papel esencial la apertura de fronteras al capital extranjero y el traspaso de las propiedades estatales a grandes monopolios privados, a los que se supone interesados en participar en actividades de utilidad pública, como telefonía, caminos, electricidad, previsión social y otras. Para abrir económicamente al país al proceso principalmente por vía de la privatización de las empresas estatales, se favorece la inversión de capitales del exterior, la eliminación de aranceles y la reducción del gasto fiscal.

El sustento económico del nuevo Estado ya no es el capitalismo de Estado, sino la economía de monopolios privados, cuyo poder reside en una alianza de la nueva tecno-burocracia con las empresas y capitales transnacionales. El fundamento político del nuevo Estado es la racionalidad tecnocrática y los pactos burocráticos, con poca influencia de los partidos políticos y los grupos sociales. Los dirigentes políticos de esta reforma la ven como la única opción frente a vicios ancestrales, y se visualiza un futuro de América Latina integrada a la economía mundial, en una nueva división del trabajo, con las viejas industrias de la segunda revolución industrial, todavía necesarias al mundo y en especial a Estados Unidos.

No cabe duda que ha terminado un ciclo histórico, el estatal, y que el costo social de los cambios es muy alto. Esos cambios tienen repercusión inclusive en la identidad nacional, pues se ha derrumbado un Estado-nación capitalista en el cual se suponía que todos tenían cabida, y se ha levantado en su lugar un Estado basado en políticas económicas benéficas para una minoría.

Históricamente hablando, en América Latina no se ha formado una sociedad capitalista anterior al desarrollo del Estado moderno en el siglo XIX. El Estado ha intervenido para imponer un modelo de desarrollo a la sociedad en su conjunto, de modo que la economía capitalista dependía no sólo de la iniciativa estatal, sino que respondía a una suerte de 'razón de Estado'. La intervención del Estado ha tenido, desde 1930 en especial, dos características: a) Nunca ha ido en contra de la economía de mercado, sino que ha tratado de estructurarla, y b) ha representado una iniciativa política, basada en los argumentos teóricos que en su momento ofrecieron el keynesianismo y luego las teorías desarrollistas de la CEPAL. La excesiva expansión de la iniciativa estatal en el marco del populismo amenazó la calculabilidad del mercado, atentando contra la racionalidad económica.

El neoliberalismo condena toda intervención reguladora del Estado como funesta, y en esa condena olvida, como lo ha destacado Norberto Lechner, dos aspectos importantes: que la intervención creó las bases de un desarrollo industrial y que respondió a una voluntad mayoritaria y por lo tanto tuvo legitimidad.

Como es bien sabido, la ofensiva neoliberal se inició en Chile en los setenta y tuvo desde el principio un fuerte tono ideológico, al proponer un nuevo modelo de desarrollo. El énfasis se desvió de las demandas sociales para poner el acento en la oferta productiva.

La liberalización interna y externa tuvo resultados positivos en términos macroeconómicos, como la reducción del déficit fiscal y el control de la inflación. En esta reforma neoliberal, el Estado debe enfrentar altos costos políticos, entre ellos los que resultan de la disminución de los servicios sociales o de la desintegración social que ocurre por el avance del mercado. Por ello, el modelo neoliberal en realidad implica una fuerte intervención del Estado para reprimir las reivindicaciones sociales y para imponer, en especial a los sindicatos, la política de privatización y liberalización. Suponiendo que el proceso se realice en condiciones óptimas, puede verse que no hay ningún ejemplo de reconversión del Estado sin que éste asuma importantes funciones, como la del desarrollo tecnológico y científico o el perfeccionamiento del sistema impositivo. Esto significa que la reforma crea dos opciones: un Estado recreado o un Estado desmantelado, que es el peligro que puede darse en América Latina.

Hoy el modelo neoliberal es impuesto por regímenes de apariencia democrática, pero con un proceso de concentración de poder en el Ejecutivo y aun con ciertos rasgos autoritarios. Lo notable

es la identificación de la economía de mercado con los procesos de desregulación y privatización, y el fuerte antiestatismo ideológico.

A partir de la situación actual se construye una suerte de causalidad retrospectiva para denunciar como ineficaz la actividad económica del Estado. El proceso Estado-mercado es visto como una "suma cero", donde el avance de uno significa el retroceso del otro. Reina una evidente confusión acerca de las nuevas funciones del Estado y la propaganda de los grupos que proclaman la reforma llevados por la marea ideológica del derrumbe del comunismo, hace que se considere al mercado como la única instancia racional para ordenar la convivencia social. Alain Touraine<sup>1</sup> ha dicho que hay un modelo de acción sociopolítica específicamente latinoamericano, caracterizado por una interdependencia entre lo social, lo político y lo estatal, con una autonomía relativa y una imposibilidad de definir cada uno de esos factores independientemente de sus relaciones con los demás. Este modelo no tiene un eje definido, pero las grandes creaciones en América Latina no han sido obra de los movimientos sociales, sino formas de intervención política. De ser así, la decadencia de lo político-estatal resulta particularmente grave, afectando lo social.

Los críticos del modelo neoliberal señalan su aspecto de aceptación resignada de la dependencia, y la voluntad de abandonar la lucha en el plano de la innovación científico-productiva. Hoy casi no tiene contrapeso, pues la lógica del costo-beneficio monetario se presenta como forma definitiva del desarrollo político y social. Se busca apoyo para el modelo en el éxito económico de los países centrales y en el derrumbe del "socialismo existente", o sea el de la Europa centro-oriental. Las recomendaciones que llegan de los países centrales en realidad contradicen lo que allí ocurre (caso del gran déficit fiscal de Estados Unidos), pues en ellos no se deja todo a merced del libre juego del mercado. La desregulación en los países centrales no parece lograr resultados: Estados Unidos tiene la economía más desregulada y le va peor que a Japón, Alemania o Francia, que están mucho más regulados. El proyecto liberal, según sus críticos, no tiene en cuenta la realidad concreta del continente: Arocena ha dicho que se trata de una "remodelación del continente de aplicación a tambor batiente", y para el caso de Argentina, Atilio Borón ha observado que el plan de desregulación de la economía

<sup>1</sup> *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, Santiago de Chile, ORT, 1987.

Ese proyecto neoliberal es, por su carácter, un “producto de exportación” hacia el Tercer Mundo, y en virtud de tal carácter es que Arocena opta por llamarlo “subliberalismo”, en lugar de neoliberalismo. La retirada del Estado crea polarización y miseria, pero los adalides del proyecto vuelven a ganar elecciones. Se advierte un extraño proceso de despolitización y de inmovilidad frente a un proceso que afecta negativamente, al menos a corto plazo, la vida de las mayorías. La proclamada “muerte de las ideologías” en realidad esconde el predominio de una de ellas. La palabra “política” se ha convertido en un sinónimo de atraso y penuria y en realidad los grupos dirigentes han tenido éxito en alejar al pueblo de las discusiones de los grandes temas nacionales, convertidos en cuestiones que sólo atañen al presidente y su gabinete.

Desde mediados de los setenta los países centrales, inquietos por la tasa de inflación y el declinar constante de la tasa de crecimiento (en el sistema keynesiano no podían darse ambas cosas simultáneamente), abandonaron el modelo keynesiano, y éste fue el primer embate contra el Estado de bienestar. Primero Inglaterra y luego los Estados Unidos declararon como objetivo expreso la destrucción del Estado de bienestar para dar un nuevo empuje a la expansión económica a través de las “fuerzas de mercado”. El principio era claro: el Estado es ineficiente y debe ser reemplazado por el mercado. La política aplicada en el Cono Sur, por ejemplo, se basa en la ideología del mercado autorregulado, se cree que mientras el sector público produce ineficiencia y desequilibrio, el privado obra de modo estabilizador y eficiente.

En realidad, la gran crisis política y económica de los años ochenta obligó a los países latinoamericanos a redefinir la relación entre Estado y sociedad, entre gobierno y mercado, entre política y economía. Pareció surgir una doble oportunidad: superar las formas del autoritarismo y modificar un tipo de acumulación económica que desde fines de los sesenta había perdido su capacidad de expansión. Ambos objetivos pasan por la reforma del Estado, que por cierto no se agota en las privatizaciones, aunque sea éste su rostro más conocido. A pesar de las críticas que se formulan al proyecto liberal, no se ven otras opciones. Los intelectuales no dan todavía con una fórmula que reemplace a la neoliberal, y se prefiere ignorar ejemplos como el de Corea, donde hay una clara refutación de las oposiciones maximalistas entre Estado o mercado, con una economía mixta en la cual el gobierno ha tenido un importante papel asociándose con la iniciativa privada. La crisis del Estado, la caída

las oposiciones maximalistas entre Estado o mercado, con una economía mixta en la cual el gobierno ha tenido un importante papel asociándose con la iniciativa privada. La crisis del Estado, la caída del bloque soviético y la decadencia del tercermundismo, dejan al liberalismo como el “libreto del futuro”.

*Los orígenes del proyecto y el pensamiento  
de los Escritos económicos de Juan Bautista Alberdi*

SE ha dicho que leer a Alberdi es como escuchar lo que dicen los gobernantes latinoamericanos hoy, o viceversa. Una lectura de los *Escritos económicos* de Alberdi muestra que las ideas del neoliberalismo de hoy tienen mucho en común con el ideario formulado en el momento de la organización del Estado moderno en Argentina conforme al proyecto del padre de la Constitución de 1853.

Alberdi es principalmente conocido como el jurista que elaboró las *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, donde, según confiesa el autor, se proclaman los grandes objetivos de paz y progreso y los medios de realizarlos. Sin embargo, y aunque la ley fuese su profesión, Alberdi estuvo permanentemente preocupado por el tema económico, que fue cobrando importancia creciente en su pensamiento. Versado en la escuela económica liberal inglesa, hizo de Adam Smith su maestro indiscutido, como lo revela una lectura de sus *Escritos económicos*, plagados de citas de Smith y que permanentemente invocan su autoridad.

Hay quien afirma que Alberdi cambió muchas de sus posiciones en la última etapa de su vida, repudiando el fuerte internacionalismo de la etapa de las *Bases*. Es cierto que las consecuencias de la guerra del Paraguay en su sensibilidad y en sus ideas, hicieron que revisara sus ideas sobre el modo de “civilizar”, sobre todo por ser un hombre que odiaba los enfrentamientos y las luchas. Sin embargo Alberdi siempre fue fiel a sus ideas sobre el modelo de desarrollo económico que esbozó para Argentina desde los tiempos de las *Bases*. Procuraremos demostrar cómo su fórmula de Estado sin funciones económicas, de entregar la tarea del enriquecimiento a la iniciativa privada, y de abrir las puertas al capital y la tecnología de los países centrales, son ideas que siguen viviendo en la política neoliberal de hoy.

*Una teoría de la riqueza*

ALBERDI afirmaba que había una pobreza típica de Sudamérica, definida como “un suelo rico ocupado por pueblos pobres”. Esa



pobreza, lejos de ser una crisis, es un hecho secular, hereditario y fuertemente apoyado por las leyes y los hábitos de vida. Las causas básicas son dos:

a) Una idea falsa de lo que es la riqueza. Los sudamericanos, al estilo de los españoles, la entienden como un hecho natural, dado, cuando en realidad es una resultante moral, un fruto del esfuerzo del hombre. Se confunde lo que sólo es un instrumento para producir riqueza, la tierra, con la riqueza misma.

b) La pereza y el dispendio, dos hábitos heredados del carácter español. De origen español es el desprecio por el trabajo, y los sudamericanos viven en una contradicción, pues pretenden vivir bien, pero no trabajan como para mantener la vida que pretenden. Puesto en las palabras de Alberdi: "No se puede trabajar como un africano o un turco y vivir como un europeo". Campea un pesimismo intenso, pues Alberdi afirma que los sudamericanos son pobres cuando no trabajan y también cuando lo hacen, porque ignoran lo que Alberdi llama "el trabajo inteligente". Esto implica que el trabajo por sí mismo no basta para crear riqueza, que sólo la genera cuando el trabajo cumple ciertas condiciones, como la de la regularidad, la libertad, que se ve amenazada cuando hay algún tipo de monopolio, el apoyo del capital, el respeto social que rodea al trabajo, ennoblecido socialmente como una virtud y acompañado por hábitos de ahorro. Hay muchas contradicciones en el pensamiento de Alberdi sobre este tema del trabajo "inteligente" o sea basado en los conocimientos y en la educación, pero lo que emerge con claridad es la renuncia explícita a aspirar a la tecnología y por tanto a la industria. A su juicio, hay una total incapacidad intelectual en el hombre americano, como se revela en sus palabras: "un libro de ciencia o de arte sale del círculo de nuestra capacidad", o aquello de que "un libro sudamericano no paga un almuerzo europeo, pero con un sombrero de cuero sudamericano se puede comprar toda la obra de Adam Smith".

Sus juicios sobre la educación que se debe dar a la juventud también muestran el conflicto de posiciones. Dedicarse a formar a los jóvenes en la producción intelectual y científica es un "error completo de dirección". Hay sorprendentes declaraciones de que "la ciencia es un mero lujo, pues no hay industria a la que aplicarla". Parece ignorar que tampoco en Europa y Estados Unidos al principio había industrias, pero fue precisamente ese "trabajo inteligente" el que las creó. Dominan en las páginas alberdianas posiciones elitistas y de un colonialismo intelectual y científico. Se

muestra por completo desinteresado en la educación popular, afirmando claramente que el medio de progresar y desarrollarse no es "enseñar a leer y escribir a la parte más numerosa y bruta", sino el desarrollo de una minoría selecta. Por otra parte, sugería que los profesionales, en las distintas ramas, fueran traídos directamente de Europa, mientras la gente del país se dedicaba al comercio y el trabajo agrícola-ganadero. Como éste no se enseña en las universidades, estos centros de estudio en Sudamérica le parecían a Alberdi "sin objeto e ineficaces para el desarrollo". Con una gran indiferencia hacia la problemática social, Alberdi incluía los gastos en educación pública en el rubro de "gastos improductivos" del Estado, y propuso suprimir el presupuesto para la instrucción pública. Todo esto hace recordar la angustia económica en que se desenvuelven las casas de estudio hoy en América Latina.

Lo que verdaderamente educaría en América sería el comercio y el trabajo. Para corroborar este aserto, Alberdi nos señala que los países que más progresaron fueron los que mantuvieron un comercio activo, como Argentina y Chile, mientras Bolivia y Colombia, que tuvieron célebres universidades, han quedado atrasadas. En este contexto podemos valorar aquel juicio de Alberdi en el sentido de que el único medio de luchar contra la barbarie es el comercio con el mundo civilizado, los capitales y los inmigrantes que sacarán al país del atraso y la pobreza.

En cuanto al hábito del dispendio, nace del llamado "juicio hiperbólico" que el americano se forma sobre la riqueza del suelo, y el ejemplo de la Europa civilizada. La revolución de la independencia no hizo más que agravar la situación con la introducción del hábito del lujo, sin introducir en igual medida el hábito de trabajar y ahorrar. Tanto el individuo como el Estado gastan más de lo que producen, y el vivir del empréstito es el modo sudamericano de vivir.

### *El papel del Estado*

Por definición, el Estado desempeña un papel económicamente nocivo, como causa de gasto y consiguiente empobrecimiento. El mayor peligro reside en que el Estado tiene capacidad de contraer deudas, por su autoridad, y la mejor expresión de esa situación son las emisiones de papel moneda, contra las que Alberdi se opone fuertemente, señalando que se trata de una actitud que conduce a la pobreza del país.

El papel negativo del Estado obedece a dos causas principales. La primera es el entusiasmo por las causas militares, una suerte de mal heredado de la experiencia de las luchas por la independencia. Se tiene una falsa idea de la grandeza y la gloria del país, y se pretende realizarla como empresa militar. Se ignora que los países no son respetados por sus hazañas guerreras, sino por su bienestar económico. Alberdi embiste de frente contra un tema tabú: el de juzgar a las grandes figuras del panteón guerrero, como San Martín o Bolívar. Asegura que en la vida de esos héroes no hay ninguna enseñanza que sirva para remediar la pobreza y el atraso, y critica el gran error que se comete en la escuela, cuando se enseña a las nuevas generaciones a ver a esos héroes como una vida a imitar. El contraste con el ejemplo norteamericano obsesionaba a Alberdi y hace recordar al lector que "Washington, a la hora de escribir su testamento político, se olvidó de la espada y de la gloria".

El segundo origen del papel negativo del Estado es el gasto público. Alberdi, fiel a su falta de confianza en la democracia, puntualiza que en las democracias se compra el apoyo, y el resultado es la empleomanía. El gobierno es un gran consumidor, y los sueldos públicos son un capital que desaparece, sin reproducirse. La "prodigalidad" es un instrumento democrático, y resulta sorprendente que las obras públicas, las subvenciones a empresas industriales y la instrucción pública entran en la categoría de "gastos improductivos" del Estado.

Acá surge la idea de Alberdi de que el progreso no se realiza por obra del Estado, sino de la iniciativa privada. La riqueza de las naciones, afirmaba, no es obra de sus gobiernos, sino de ellas. Si se confiara al gobierno la misión de hacer la riqueza del país, todas las naciones, sin excepción, estarían en la miseria. Bien entendido, el papel del Estado es pasivo, no hacer nada que perturbe la actividad económica privada. Un gobierno juicioso no piensa convertirse en empresario, sino todo lo contrario, mantenerse alejado de la actividad económica, asegurando la paz y el orden legal para que los capitales afluyan y la actividad privada se desarrolle sin trabas.

Alberdi afirmaba que el deseo de enriquecerse es un instinto natural del hombre, que predomina por sobre todos los planes y las políticas erradas. La verdadera libertad es la libertad de pensamiento, afirmaba Alberdi en su juventud; la verdadera libertad es la económica, sostenía cuarenta años más tarde, en los *Escritos económicos*. A lo que aspira el hombre es a la libertad de trabajar y enriquecerse, y de aquí deduce que la democracia es un ideal de "desparramar la riqueza".

Consecuente con ideas de que el papel que el Estado debe asumir en lo económico es básicamente negativo, pues consiste en un "no hacer", Alberdi rechaza enérgicamente la idea de bancos estatales. Esta idea le parecía de inspiración napoleónica y, a su juicio, sólo podía surgir y mantenerse en países que no tienen un concepto claro de la libertad y en tal sentido debe interpretarse su afirmación que los bancos de Estado pueden concebirse en países como Japón, Rusia o China, pero nunca en países como los europeos. Siendo un instrumento del Estado, los bancos estatales no son una institución económica, como es su verdadera naturaleza, sino política, y su función no está determinada por las necesidades económicas del país, a las que deben servir, sino a las necesidades políticas de los gobiernos. Alberdi en realidad desprecia la función de la política económica, ya que, a su juicio, es una suerte de instinto lo que lleva al enriquecimiento de las naciones, y no los "cálculos de economía política". Estas ideas muestran afinidad con la tan denunciada renuncia por parte de los gobiernos neoliberales como el de Menem hoy, a formular políticas económicas comprensivas y de largo plazo. Corriendo la argumentación alberdiana por las vías que hemos venido exponiendo, habrá que preguntarse en qué consiste el sistema que concretamente debe ser adoptado para llegar al tan acariciado ideal de la riqueza.

#### *El ideal del desarrollo dependiente*

SIGUIENDO las enseñanzas de Adam Smith, Alberdi afirmaba que desde que la civilización existe, es fruto del intercambio, y que cada país debe producir lo que puede, según su aptitud. Esto significa que la organización económica de un país es algo dado, que no puede ser objeto de una elección libre. Las leyes y los gobiernos no tienen más que acatar y codificar lo que los hechos han determinado. No se trata de contradecir, sino de crear un ambiente propicio para que ese tipo de organización económica se realice con ventajas. Alberdi proclamó un ideal de desarrollo dependiente, en el cual América suministraría materias primas a la industria europea y recibiría de Europa las manufacturas y capitales. Alberdi aceptaba que se trataba de una dependencia, pero la consideraba una "dependencia libre" y de "pura civilización". Sin marina y sin industrias, Sudamérica está necesariamente bajo la dependencia de Europa, y no puede sacudirla por la fuerza, "a cañonazos", como sacudió su dependencia política de España en su tiempo. Aceptar

esa dependencia, resultado de su historia y su naturaleza, y convertirla en una ventaja, es el papel de los gobiernos y no formular otro tipo de organización económica.

En el aspecto moderno de su pensamiento, Alberdi acentuaba el carácter internacional de la riqueza, afirmando que el crédito y la ciencia no tienen fronteras. Sudamérica no tiene industrias que puedan competir con lo que Alberdi llamaba “la gran industria europea”, basada en el uso del capital y el reemplazo del hombre por la máquina. Niega la tesis de que la incapacidad industrial se deba a la política colonial española solamente, pues han pasado ya tres generaciones desde la independencia, pero las cosas no han cambiado. Y no han cambiado porque a la industrialización se oponen causas naturales irresistibles, como son la abundancia de tierra y la escasez de mano de obra. Querer crear una industria es un propósito artificial y una de las causas de las crisis económicas es precisamente pretender rivalizar con Europa mediante la creación de una industria americana, supuestamente competidora de la europea, mediante leyes protectoras. Esa tentativa, aseguraba Alberdi, pertenece al mismo linaje de la batalla del Quijote contra los molinos de viento. Al calor de su argumentación, Alberdi formula un juicio histórico singular, por demás discutible: España no le hizo un mal a América por no darle industrias, sino un bien, en lugar de heredar una mala industria española, los países americanos, en nombre de esa “dependencia de pura civilización” que tanto entusiasmaba a Alberdi, pueden tener como suya propia a la industria de los países modernos de Europa a través del comercio. La riqueza está directamente identificada con el comercio internacional. En uno de esos juicios históricos muy globales a los que Alberdi era tan afecto, para ejemplificar y dar fuerza a su argumentación, daba como ejemplo a Inglaterra, Estados Unidos y Holanda como los más ricos por haber mantenido un activo comercio internacional.

Para los países americanos el comercio no sólo es fuente de riqueza, sino portador de civilización. Estados Unidos nos da el ejemplo de que a la libertad y la civilización se llega por la riqueza, y no viceversa. El comercio con países civilizados civiliza y educa, y por ello afirma que sin el comercio “el argentino andaría todavía desnudo como los indios”, pues todo lo que se consume para la vida civilizada viene de Europa.

Lo que destruye al comercio es un mal sistema monetario, las tarifas proteccionistas y la ausencia de puertos. A solucionar esas carencias y abrir el país al comercio internacional deben dirigirse las

leyes internas y el derecho internacional. El enorme valor otorgado al comercio como principal actividad económica, capaz de convertir en riqueza la producción agropecuaria, explica la afirmación de Alberdi en el sentido de que "un comerciante hace por la libertad de su país más que diez soldados, porque lo puebla, lo enriquece y lo civiliza".

### *Capitales y empréstitos*

CITANDO un sano principio, Alberdi afirma que tener dinero ajeno no es tener riqueza, y que la deuda pública empobrece al país que la contrae. Sin embargo, en el plano real de los hechos, lo que se observa es que el ahorro no está arraigado en los países americanos, y que por tanto se depende del capital extranjero. El ahorro, que genera capital, es la suma de ciertas virtudes, como previsión, moderación, orden. Cuando esas virtudes existen, el país es rico, aunque su suelo sea pobre. Se afirma la idea ya mencionada de la riqueza como un hecho dependiente del modo de ser de un pueblo. El ahorro y la formación de capital, que es su resultado, no se improvisa, demanda siglos. Por lo tanto, América está en situación de importar capitales, sin los cuales no habrá tampoco poblamiento, por no haber con qué pagar los salarios de los inmigrantes. Ya Alberdi había enfatizado esto en las *Bases*, cuando decía que un inmigrante sin capital es como un soldado sin armas.

La Constitución argentina, según la interpretación de Alberdi, "manda" llamar los capitales extranjeros, y se advierte su optimismo al afirmar que seguramente los capitales acudirán, pues se dirigen hacia donde faltan y donde se paga por ellos. Esa corriente de capitales requiere de ciertos estímulos y condiciones para canalizarse, básicamente resumibles en dos: dar al capital una completa libertad en la elección de su empleo y la seguridad de que su ganancia será respetada.

Alberdi registraba dos momentos de optimismo en cuanto al movimiento internacional de capitales hacia América. El primero fue el momento de la independencia, cuando acudieron capitales que fueron invertidos en la explotación de recursos naturales y en bancos, y el segundo fue la formación del Estado moderno, con los empréstitos y la inversión en el comercio exterior. Quizás el de hoy sería visto por Alberdi como un tercer y muy decisivo momento en el entusiasmo por las inversiones extranjeras.

Las experiencias muestran los pobres resultados obtenidos en la concurrencia e inversión de los capitales extranjeros, y es sobre este

aspecto que Alberdi llama a la reflexión. Los capitales han acudido, pero todo se ha perdido por la tendencia al empleo improductivo de esos capitales, ancestral tendencia de los gobiernos sudamericanos. Claramente advierte que los capitales no deben ser llamados para fomentar industrias, y considera una forma de uso improductivo —junto a los gastos en instrucción pública— a este destino de los capitales. Las inversiones adecuadas son en el comercio, o sea el transporte de las materias primas a Europa y de las manufacturas del Viejo Continente al Nuevo.

### *Balance y perspectivas*

ESTAR con Alberdi, el predominio de los intereses económicos es indiscutible: nada se puede hacer en materia de gobierno cuando no se reconoce que los intereses económicos son el fundamento del edificio estatal. Esos intereses, creía Alberdi, son más fuertes que los gobiernos y son los que verdaderamente dominan a los países. La visión del panorama económico sudamericano le llevaba a pensar en una diferencia esencial con la situación europea o estadounidense: mientras en esos países la crisis económica es algo pasajero, y una suerte de “enfermedad de la riqueza”, en Sudamérica es un estado crónico y global, que afecta a todo el organismo económico. Por otra parte, advertía que el efecto de las crisis económicas en los países desarrollados no es tan devastador, pues aunque la crisis destruya el capital, quedan intactas las fuerzas que lo crearon. En Sudamérica, en cambio, el capital es extranjero, y en caso de una crisis no se repone fácilmente.

Se leen en Alberdi muchas contradicciones acerca del origen del problema. Por momentos se afirma que el mal está en el carácter nacional (ocio, dispendio) y que no hay mal gobierno capaz de impedir la riqueza de los países, cuando deja al pueblo trabajar y enriquecerse. Se afirma en algunos lugares que esa tendencia al enriquecimiento es un “instinto” propio del hombre, y que aun los salvajes luchan por asegurarse su vida materialmente, pero en otros lugares se niega al hombre de origen español esa tendencia al enriquecimiento. No faltan, en contradicción con la explicación por el carácter nacional, afirmaciones de que la mayor y más genuina causa de pobreza en Sudamérica es el mal gobierno. Citando a Adam Smith, señala que en los países fértiles el empobrecimiento es resultado del mal gobierno o bien de su sistema social.

El optimismo, que por cierto no deja de contradecirse con muchas afirmaciones pesimistas, le lleva a afirmar que, a pesar de todo,

los países americanos han hecho notables progresos. Para el caso particular de Argentina, quedan en pie ventajas como sus ríos navegables, su clima favorable a la aclimatación de los trabajadores europeos, y la presencia del gaucho dedicado al trabajo rural. En este último juicio, de ver al gaucho como una "fuente de riqueza y honor argentino", se aleja de otros hombres de su tiempo y de sus ideas que despreciaban al gaucho y lo veían como obstáculo para el progreso. Lo que queda por hacer es, pues, abrir América al comercio libre con Europa, confiar a la actividad privada la tarea de enriquecer al país y limitar al Estado al papel de asegurador de la estabilidad, la seguridad y la paz. Siempre Alberdi enfatizó la necesidad de alejarse del modelo proteccionista norteamericano, y advertía sobre el error de suponer que la grandeza económica de Estados Unidos se debe a su proteccionismo, cuando en realidad lo que pasa es que su riqueza existe a pesar de la política proteccionista adoptada por los Estados Unidos.

El diagnóstico formulado por Alberdi sobre la centralidad absoluta del problema económico en los países sudamericanos tiene una actualidad que es puesta de manifiesto por la orientación fuertemente pragmática y centrada en lo económico con la que los gobiernos latinoamericanos procuran hoy enfocar los problemas que afectan a los países de la región. No menos actuales resultan las recetas alberdianas, formuladas hace más de un siglo, para superar las crisis económicas y salir del atraso, que no sólo significan pobreza para los países, sino también falta de reconocimiento por parte de la comunidad internacional. Apertura al extranjero y reducción del papel económico del Estado, pedía Alberdi, y esto se escucha también en el discurso de los gobernantes latinoamericanos de hoy.

El pensamiento antiliberal argentino, que critica la empresa política y cultural que va desde Caseros, pasando por Sarmiento y Mitre hasta llegar a la Generación del 80, aligera el rigor de sus juicios y aun muestra una apreciación positiva cuando llega la hora de referirse a Alberdi. En la constelación liberal, el nombre de Alberdi se convierte en sinónimo de heterodoxia, y aun merece el rótulo de "nacionalista", lo cual genera su aceptación por parte del campo antiliberal. Éste se esfuerza por hacer recordar que la producción alberdiana (según Fermín Chávez un 80%) es antiliberal y crítica de sus ex compañeros de generación, y constituye un repudio a la construcción de un país sobre la marginación y el desprecio de sus elementos humanos y culturales más genuinos.

Es por demás conocido, y no vamos a repetirlo aquí, que Alberdi tuvo "etapas" en su pensamiento, y que la etapa internacio-



nalista de las *Bases* con su desprecio por lo nativo, dio paso a una etapa de reflexión y revisión de su posición ideológica liberal. Las páginas escritas por Alberdi con motivo y después de la Guerra del Paraguay, que hirió no sólo su sensibilidad sino también su criterio civilizador, lo separan definitivamente de sus compañeros de generación. Ese alejamiento le ha valido que su nombre aparezca junto al de José Hernández, por ejemplo, como uno de los pilares de la reacción contra la ‘civilización de las bayonetas’, inspirada por los sectores liberales desde Buenos Aires.

Si bien no puede negarse el cambio enfatizado por los autores de tendencia antiliberal, en cuanto a los juicios históricos, políticos y culturales de Alberdi, en el plano de las ideas económicas éste mantuvo su pensamiento con coherencia y constancia. Las ideas formuladas en las *Bases* sobre lo esencial de la cuestión económica, la identificación de la labor gubernamental con la formulación de políticas económicas de fortalecimiento y, por sobre todo, su modelo de desarrollo dependiente, basado en la complementación económica con Europa, no hicieron sino profundizarse. La incontable cantidad de páginas donde se encuentra citada la autoridad de Adam Smith, en sus *Escritos económicos* incluidos en los *Escritos póstumos*, puede darnos la medida de lo mucho que su liberalismo económico se profundizó y delineó con nitidez conforme fueron pasando los años.

Si bien el optimismo de Alberdi en cuanto a la futura marcha del país puede sonar estimulante, quedan en pie muchas dudas acerca de la prudencia del camino elegido para realizar ese futuro. Esas dudas no surgen sólo del hecho de haber propuesto ese modelo de desarrollo dependiente, sino de haberlo propuesto como un esquema definitivo, renunciando a crear en el país recursos propios, sobre todo humanos, para llegar a otro modelo más auténtico e independiente. Su pesimismo marcado acerca de la capacidad intelectual y científica del hombre del país y la consiguiente desconfianza en lo que la educación puede lograr, marca una diferencia que resulta favorable a Sarmiento, por la confianza de éste en el poder de la educación, si se traza una comparación entre ambos.

Hoy, cuando el tema de la reforma del Estado muestra su centralidad en la reflexión política y económica de América Latina, Alberdi vuelve a ser una presencia ideológica, y una lectura de sus textos puede ayudar, tanto en una función positiva como negativa, a buscar un rumbo adecuado, que lleve no a un Estado menos Estado, sino a un Estado que asuma funciones apropiadas para un auténtico desarrollo en los países latinoamericanos.